

GRACIOSA COMO UN MONO



GRACIOSA COMO UN MONO

Lydia Tapiero

La niña más alegre del colegio, esa era Abigail. Siempre con una sonrisa, siempre con algo gracioso que decir. Cuando había alguna amiga triste, la avisaban «Ven Abigail, que Montse está triste». A la señora Susana le encantaba ponerla como ejemplo: «Eres un llorón, aprende de Abigail».



Pero un día, Abigail se despertó triste. La noche anterior, su madre le había advertido -por lo menos cinco veces- que recogiera su plato después de cenar.

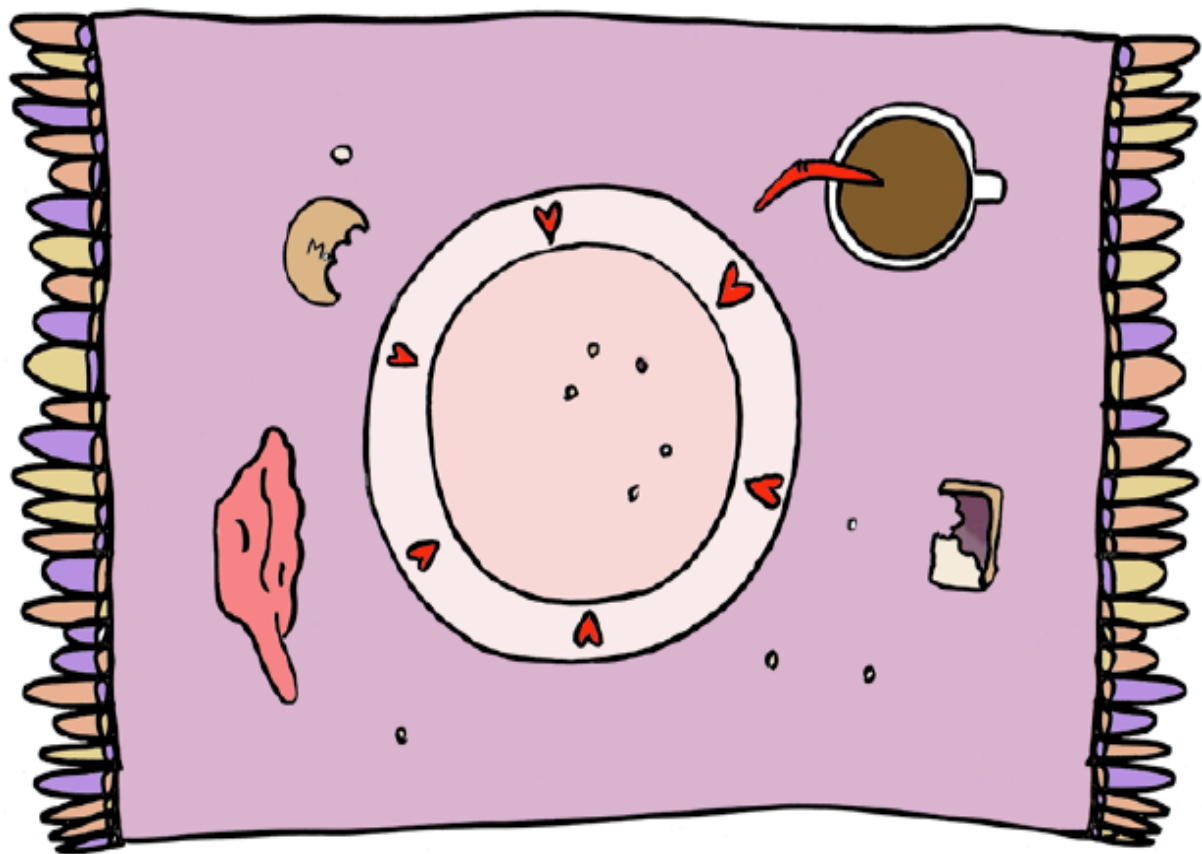


Ella se olvidó las cinco veces porque fantaseaba con que, al día siguiente, cuando jugara al fútbol con sus amigos, se pondría en la portería y llevaría puesto el nuevo abrigo marrón. Le hacía parecer tan grande como un mono cuando abría los brazos.



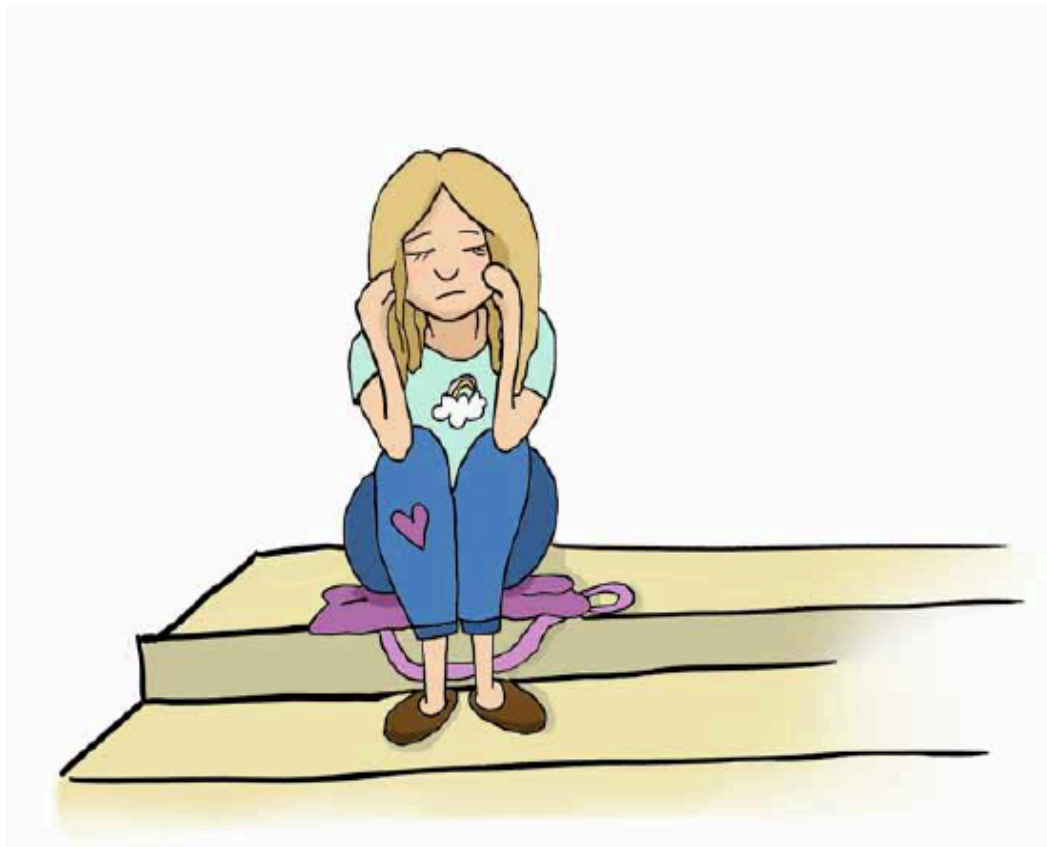
-Abigail, levanta ya de la cama y siéntate a desayunar -volvió a regañarla su madre por la mañana-. Te estás haciendo mayor y tienes que ser más responsable.

Abigail empezó a pensar que todo lo hacía mal. Incluso se volvió a olvidar de recoger su plato del desayuno y otra vez su madre la regañó.



Desde ese momento, la sonrisa se escapó de su cara y parecía que no quería volver. Cuando llegó al colegio, su amiga Montse esperaba ya en la cola sentada sobre su mochila y con las manos cubriendo ambos lados de la cara.

«Otra vez se ha enfadado con su madre», supuso Abigail, e hizo un esfuerzo muy grande por poner una sonrisa.



Continuará...

¿Te ha gustado?



Te invito a seguir comprando

